

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

# **El viaje al centro del individuo libre: anarquismo, naturismo y utopía.**

Adriana Petra.

Cita:

Adriana Petra (2004). *El viaje al centro del individuo libre: anarquismo, naturismo y utopía*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/808>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **El viaje al centro del individuo libre: anarquismo, naturismo y utopía**

Adriana Petra

CeDInCI/ UBA

E- mail: [apetra@fibertel.com.ar/](mailto:apetra@fibertel.com.ar) [apetra@cedinci.org](mailto:apetra@cedinci.org)

**Resumen:** El siguiente trabajo es un análisis de la utopía anarconaturista escrita en 1928 por el libertario catalán Albano Rosell. Partiendo de una doble consideración metodológica respecto al análisis de la utopía, se desarrollan algunos aspectos sobre la estructura formal de la obra y la presencia de ciertas tradiciones culturales e ideológicas, mitos de la antigüedad e influencias del mundo cultural y político del anarquismo español presentes en el periodo.

En este artículo analizaré algunas dimensiones de la utopía anarconaturista del libertario catalán Albano Rosell y Llongueras, **En el país de Macrobia. Narración naturológica**, publicada por primera vez en 1921 y reimpressa en 1928 en Barcelona por la editorial de la revista **Naturismo**, con advertencia del autor firmada en Montevideo en enero del mismo año.<sup>1</sup>

Rosell, nacido en Sabadell, provincia metalúrgica y textil de Barcelona en 1880, era obrero tejedor y autodidacta. Iniciado políticamente en el federalismo, su primer acercamiento al mundo ácrata se produce como reacción a los escandalosos procesos de Montjuich iniciados en 1896.<sup>2</sup> Aficionado al teatro desde niño, admiró profundamente, como buena parte de los anarquistas y socialistas hispanos y latinoamericanos, al dramaturgo noruego Henrik Ibsen. En

1901 fundó un grupo teatral que llevaba su nombre y que debutó con **Espectros**, única obra de Ibsen traducida hasta ese momento al catalán.<sup>3</sup> Los tópicos del teatro ibseniano descollarán en Macrobía: la búsqueda de la libertad y la virtud individual como claves de una plenitud moral, la reacción contra los mandatos sociales y los convencionalismos y un fuerte sesgo voluntarista. Paradójicamente, Ibsen murió el 23 de mayo de 1906, apenas ocho días antes del atentado de su amigo Mateo Morral contra Alfonso XIII que terminó en una masacre y su posterior suicidio. Antes de la tragedia, Morral había financiado uno de los primeros periódicos donde escribió Rosell, **El Trabajo**, quincenario de la Federación Obrera de Sabadell. Juntos integraban las huestes de Francisco Ferrer i Guardia, Morral como bibliotecario y colaborador en las publicaciones de la Escuela Moderna, Rosell como educador en varias escuelas racionalistas de la periferia barcelonesa. En la misma época integró el famoso grupo teatral Avenir fundado por Felipe Cortiella, de gran predicamento entre los obreros y en los ambientes culturales libertarios. Avenir es señalado como una de las más acabadas expresiones del teatro social anarquista y su presencia en la prensa libertaria fue sostenida. Luego de la muerte de Morral, regresó a Sabadell y fundó en 1908 el periódico mensual **Cultura**, órgano de la escuela integral, escrito en catalán y castellano. Un año después, luego de la Semana Trágica y el asesinato de Francisco Ferrer, emigró a París y luego a la Argentina, donde intervino en la Escuela Libre de Villa Crespo. Al poco tiempo se instaló en Uruguay donde vivió hasta 1915, fecha en que regresó a España, donde permaneció hasta su exilio definitivo en Montevideo. Ligado desde siempre a los medios obreros, se acercó tempranamente a la CNT y fue redactor de varias publicaciones de inclinaciones colectivistas. A lo largo de su

vida, Rosell escribió gran cantidad de libros y folletos sobre educación, sociología, ética y naturismo en catalán y español, y más de 30 obras de teatro. Su afición a las artes y su preocupación por temas sociales y pedagógicos continuó hasta su muerte, en 1964, desarrollando una intensa labor a través de su revista y editorial montevideana **Analectos**.

### **Aspectos de Macrobia**

**En el país de Macrobia** no es una obra que pueda incluirse dentro de los grandes relatos de la tradición utópica, de cuyo universo literario es sin embargo deudora. Aún así, y quizás por eso, revela una clave de lectura más ligada a la aprehensión popular de un conjunto amplio y complejo de ideas de matriz individualista y comunalista y un mundo cultural multiforme y en plena ebullición donde se aprecian las influencias del eugenismo, el naturismo, la reforma sexual, el “teatro de ideas”, la literatura social y los escritores realistas, naturalistas, románticos e incluso modernistas.

Macrobia es así un país contradictorio, inacabado, incoherente en sus pretensiones. Un mundo ideal descrito por un viajero impresionado por la majestuosidad moral de su sueño diurno. Escrita en Barcelona en el penúltimo año del reinado de Alfonso XIII, Macrobia es un país tropical milenario donde el hombre natural ha derrotado a la civilización moderna fugándose de ella. Dos viajeros europeos, Germina Alba y Silex, describen una arcadia campesina —cuya existencia Rosell data desde el siglo II dC—en el cual la disputa originaria entre el individuo y la sociedad ha sido saldada y la igualdad y la carencia de autoridad son —como quería Bakunin— las condiciones esenciales para la moralidad del “nuevo hombre”. Una sociedad librada a sus instintos primitivos y a su bondad

innata donde la voluntad personal, cifra de todas las cosas, ha concebido a cambio un mundo edulcorado y monótono, un paraíso secular que es al mismo tiempo una fotografía hiperpedagogizada y clínica. Su forma de vida ejemplificada por la naturaleza y victoriosa frente a las deformaciones que el capitalismo había impuesto a la evolución humana es al mismo tiempo la encarnación de una matriz ilustrada y científica de la que los macrobiatas son la más purificada expresión. Así, ciencia y naturaleza, lejos de entrar en contradicción, se autoimplican, la verdad iluminadora de la primera depende de la verdad última cifrada en la segunda. En las siguientes líneas desarrollaré algunas ideas ligadas a estas consideraciones a partir de una doble consideración metodológica: un análisis del relato utópico *stricto sensu* que reconstruya la literalidad de la obra y por lo tanto sus contenidos y sus procedimientos de expresión, y otro que, atento a la historicidad considere la utopía como la manifestación de la concepción del mundo de un sujeto históricamente determinado a partir de la cual éste proyecta una imagen de felicidad y convivencia humana óptimas.<sup>4</sup>

### **Literatura obrerista, individualismo y naturismo social**

**En el país de Macrobia** puede ubicarse dentro de lo que Gómez Tovar ha llamado para España “literatura obrerista”: aquella que, llamando la atención sobre la relación del artista y el intelectual con los problemas de su época, hace un llamado a unir esfuerzos con las clases trabajadoras. Estos tendrá entonces por derecho propio un lugar en la sociedad del porvenir: “le cabrá el privilegio de ser un adelantado de la nueva sociedad, al aunar tanto una *cualidad prometeica* — captación de ideas de libertad, justicia, igualdad y fraternidad— como un *esfuerzo*

*difusor*, que se materializará en la revolución intelectual, como paso previo a la social”.<sup>5</sup>

Los cánones estéticos y formales de esta literatura se mueven siempre en el límite del precepto pedagógico que, por otra parte, guía a la mayoría de los relatos utópicos. Ya Joseph Déjacque había advertido en el texto inicial de **El Humanisferio** (1858) que “este libro no es una obra literaria, es una obra infernal, es el clamor del esclavo rebelde...”. El español José Llunás, al prologar el libro de Anselmo Lorenzo **Justo Vives** (1893), insistió en que “podrá faltarle a la literatura obrerista la lucidez de la frase, la brillantez de la figura (...), no han de juzgar nuestros trabajos literarios por la forma, sino por el fondo; no por la galanura de la frase, sino por la intención que lo motiva”.<sup>6</sup> Rosell puede así sin temores aclarar a sus lectores que

*esta obra está libre de pretensiones literarias, esto quiere decir que no es para ser leída, sino para ser comprendida, meditada, analizada en su simbolismo e intención elevadamente humana.*

En la configuración de esta literatura las proyecciones utópicas jugaron un papel específico, formando parte de uno de los diversos lenguajes desde los cuales se asumió el ideario anarquista y se intentó prefigurar la sociedad futura, no como triunfo de una clase, sino como “colofón de la racionalidad humana”: “Un mundo, en suma, basado en una supuesta concepción moral ‘natural’, igualitaria y antiautoritaria”.<sup>7</sup> **En el país de Macrobia**, junto **El concepto libertario del naturismo** de Manuel Costa Iscar (1923), algunas narraciones de Alfonso Martínez Rizo y **El amor en el comunismo libertario** (Madrid, 1934) de Rafael Ordóñez, pueden ser consideradas representativas de una franja de la literatura

utopista del anarquismo español que, en el periodo comprendido desde el golpe de Primo de Rivera hasta el fin de la segunda república, buscó concebir la futura armonía individual y social explorando en la sociedad igualitaria formas de libertad vinculadas al ecologismo, el naturismo, el amor libre y, en general, a la promulgación de una suerte de naturalismo y vitalismo ético y social.<sup>8</sup>

### **Macrobía: viaje, descubrimiento y mito**

Germina Alba, protagonista de la narración y suerte de alter ego de Rosell, se entera de la existencia de Macrobía sorpresivamente. Estando en Río de Janeiro, puerto de paso en una larga gira etnográfica por Latinoamérica con el objeto de recopilar artículos para una “gran enciclopedia” (uno de los géneros predilectos del anarquismo), se encuentra con Silex, viejo amigo y pintor naturalista que recorría el continente buscando inspiración para sus trabajos artísticos. Silex le comenta allí la existencia de un “país de leyenda (...) al que sólo pueden llegar los audaces y voluntariosos”. Este fantástico paraje, situado entre las “tribus salvajes” del Amazonas o del Xingu, es dueño de una vegetación exuberante que “da frutos para todos los gustos, y una fauna numerosa y variada (que) contempla las necesidades de todos”.<sup>9</sup> Los amigos, acompañados de un guía, atraviesan el Matto Grosso, Bolivia y el Perú hasta llegar al nacimiento del Amazonas. Una vez en Brasil, reciben entusiasmados el primer dato alentador sobre la existencia del “país de promisión”: conocen la leyenda según la cual el rey Salomón extrajo maderas de esa selva para construir su templo, de allí que en su nacimiento el Amazonas sea llamado Solimaes. Esta creencia proviene del Antiguo Testamento (Reyes, 9:26, 10:11). En estos pasajes se relata cómo Salomón hizo construir naves para ir hasta Ofir, desde donde sus marinos trajeron oro, madera de

sándalo y piedras preciosas para construir la casa de Yavé. Esas maderas, dice el libro, nunca más fueron vistas. La reconstrucción del reino de Salomón fue uno de los temas preferidos del milenio judío y cristiano, y su núcleo de creencias conformó buena parte de la escatología revolucionaria a lo largo de la baja Edad Media. Sobre la misma herencia crecieron los mitos acerca de las islas del Pacífico y la ruta al Oriente. En el imaginario de los conquistadores, la existencia de las “Islas de Salomón” (o de los Reyes Magos, las Ricas de Oro y Plata, el Paraíso Terrestre, las tierras de Ofir, Cipango, etc.) —desde siempre localizadas cerca del ecuador, a la altura de la costa peruana, cuyo clima hacía posible las mayores riquezas del mundo— se convirtió en alimento febril tanto del interés material que finalmente prevaleció como de la vieja fantasía de alcanzar Jerusalén por el Occidente.<sup>10</sup> Por último, no faltaron especulaciones —a las que Rosell no quita crédito— sobre la ascendencia hebrea de las tribus brasileñas entre los cronistas portugueses de la Colonia.<sup>11</sup>

Para completar la filiación edénica de Macrobia, Rosell hace que los personajes viajeros de su relato se encuentren, inmediatamente traspasada la colina que era la frontera natural insalvable del país nuevo, con un verdadero “idilio selvático”:

*Una india, adornada como para una fiesta, aguardaba complacida el fruto que en su obsequio, seguramente, un varonil joven recogía de los árboles, perdidos entre el ramaje.*

Esta forma de argumentación es habitual, aunque no constitutiva, del relato utópico y responde a lo que Vita Fortunati ha denominado “principio del viaje”: aquel que mediante un traslado físico o espiritual a tierras lejanas y desconocidas permite que los viejos y nuevos valores sean puestos en discusión. Con el viaje y



el descubrimiento, el utopista accede a un mundo a imagen y semejanza de los valores que constituyen el principio de ruptura frente a su cotidianidad. El viaje transporta la utopía y revela la radical alteridad del deber ser que la constituye.<sup>12</sup> Por otra parte, el viaje estructura fácilmente el mito y le facilita al utopista moldear en la descripción del nuevo mundo la materia pedagógica de su proyecto e intención sin explicar la génesis de la novedad. De hecho, Rosell no da detalles sobre los inicios de Macrobia, aunque puede deducirse que se trata de una colonia integrada particularmente por europeos o sus descendientes que llegaron a Brasil hacia el año 1169, siendo que en el momento del relato han pasado ya “tres mil seiscientas estaciones de Renovación”, según la medida solar del tiempo de los macrobiatas.

Aunque Macrobia no es una isla, está de hecho aislada, salvaguardada del exterior por su ubicación en territorios tan extensos como poco explorados, su frontera es geográfica pero sobre todo moral. Pero no se trata de un espacio cósmico en el reino de los cielos sino de *otro* espacio dissociado del real pero existente *en* el espacio geográfico y que funciona gracias al límite, es decir, a la delimitación del lugar donde llega un orden y empieza otro.<sup>13</sup> Macrobia es, como la mayoría de las utopías, autárquica, rango de origen y a la vez condición de posibilidad, la contigüidad física con las tribus vecinas no hace más que reforzar el aislamiento en pos de la pureza de una existencia propia de la Edad de Oro:

*Tan cerca unos de otros y tan sin contacto, que se nota fácilmente el estado de dos modalidades bien distintas; dos, digamos, civilizaciones, casi antagónicas; dos moralidades, dos conceptos de vivir, dos caracteres opuestos, tan diversos uno de otro, que sólo penetrando Macrobia se*

*adivina, y que los macrobianos les interesa en gran manera mantenerlo así, a fin de continuar su persistencia y afianzar su hegemonía.*

Como los novoatlantes de Bacon, los macrobiatas conocen perfectamente el mundo que los rodea pero este no los conoce a ellos. Muchos nacieron en la vieja Europa y otros viajan para ponerse al día con su cultura y su técnica, pero bien se guardan de preservar el secreto sobre el país de ensueño. Apostando a la insularidad (y superioridad) moral, Macrobia garantiza la intangibilidad del orden instituido por la construcción utópica y apuesta al gesto fundacional clásico de crear un espacio absolutamente diferente donde el “otro”, ubicado fuera del límite de lo propio, es rechazado y hasta peligroso. La utopía necesita la delimitación de un topos único e inalterable, operación sin la cual la alteridad radical que pretende, la contraimagen absoluta de lo real existente que se adjudica, estalla frente a la potencialidad de lo diferente.

A pesar de ser sus habitantes naturalmente bondadosos y bélicamente impotentes ante sus vecinos y los conquistadores “civilizados”, Macrobia no es un país pequeño: su tamaño es “considerablemente mayor” al de algunos países europeos y posee un poco más de seis millones de habitantes distribuidos en una platónica área circular con cuatro cuadrantes formados alrededor de un lago de agua dulce. Cada núcleo de vida y actividad tiene una casi completa autonomía productiva y permanece en un estado de “virginidad natural”. En cada una de ellos hay edificios contruidos *ad hoc* para quienes los deseen utilizar de acuerdo a sus necesidades “racionales de seres no alterados por la viciosidad ambiente”.

Los macrobiatas se agrupan por edades y afinidades: la niñez dura hasta los 20 años y se es anciano a partir de los 90, ya que la longevidad, fantasía ancestral,

es su rasgo característico, pudiendo alcanzar hasta los 200 años para luego morir “naturalmente” y sus cuerpos incinerados o comidos por aves de rapiña en la cumbre de un monte. La incineración fue durante las primeras décadas del XX un tema de higienismo seriamente considerado por los sanitaristas y divulgadores anarquistas y socialistas. La longevidad, por su parte, no es ya producto de la pasiva providencia de una fuente de la juventud, sino la consecuencia lógica del equilibrio entre el hombre, dueño absoluto de su voluntad individual, y la naturaleza, aún no completamente dominada; la contracara del reino del “hombre enfermo” de las grandes urbes, del trabajo alienado, de las pestes de la pobreza, de las opresiones de la regla y la ley.

*Coloquemos —afirmaba Federico Urales en 1904— al individuo frente al sol, sobre la tierra, de cara al mar o de pecho a las montañas. Hagamos que ese individuo se bañe, se nutra e instruya, y que no reconozca más censor ni más ley que las manifestaciones de su cuerpo sano y fuerte, la sola doctrina a que ha de obedecer. Únicamente así seremos libres y generosos [...] Para el buen gobierno de la sociedad anarquista únicamente hace falta naturaleza, fuerza y generosidad. Lo demás son tiranías hijas del eso que hemos dado en llamar educación.<sup>14</sup>*

Treinta años más tarde un tal doctor “Prudoman” explicaba que “el animal ‘hombre’, al estar bien equilibrado, debería vivir 100 o 160 años, no excepcionalmente, sino de manera general”, para inmediatamente justificarlo “matemáticamente” con las pruebas de individuos llegados a esa o más edad en diversos parajes de la tierra. Se impone entonces para el articulista el establecimiento de una higiene moral y física estricta para recuperar el equilibrio

perdido desde que el hombre, embriagado de metafísica, abandonó la armonía de los tiempos primeros.<sup>15</sup> Una edad de oro que Rosell fija allí cuando la vida nómada del hombre primitivo opera como imagen de la utopía abierta a los hombres que “tuviesen más de racionales que de *sabios*”. La armonía, categoría central del relato, es posible en el marco de una naturaleza virgen, entendida esta como el medio ambiente apto para el desarrollo completo de las capacidades humanas y de la especie sana. En su reacción moral antimoderna y anticapitalista, la razón es la lógica de una naturaleza autosuficiente no sujeta a las clases y su conflicto.

Como ha señalado Nadia Minerva, la longevidad no es un topos solamente utópico sino que está conectado con el proyecto de prolongación de la vida del imaginario médico científico que, particularmente desde el iluminismo, postulaba que eliminando las adversas condiciones de degradación a las que induce la civilización era posible invertir el sentido de marcha de la decadencia progresiva del mundo y del hombre desde la perfección primitiva.<sup>16</sup>

### **El estado natural igualitario o la novela del hombre perfecto**

En *Macrobía*, Rosell no es original al recoger la larga tradición intelectual libertaria que opone sin concesiones la sociedad al estado, la naturaleza a la civilización, la unidad orgánica del instinto humano al contrato sancionado externamente a las pulsiones sociales del individuo. Como lo había hecho Pedro Kropotkin al trazar la genealogía antiautoritaria del anarquismo, Rosell parece reivindicar la tradición del estado natural igualitario de griegos y romanos, particularmente de los estoicos, que luego heredó la Europa medieval.<sup>17</sup>

Muchas son las similitudes de *Macrobía* con el relato de las Islas de los Bienaventurados, escrito alrededor del siglo II aC, en el que se describe un territorio dedicado al sol, con un clima invariablemente perfecto y un suelo abundante en flores y frutos. Sus habitantes, los heliopolitas, viven hasta los 150 años y tienen una constitución física perfecta y rasgos hermosos. No existe la propiedad privada y el matrimonio es desconocido: “la ley de la naturaleza, obrando sobre almas puras, produce en estas gentes una concordia completa e indefectible, de tal modo que es inconcebible ninguna disensión en este orden tan equitativo”.<sup>18</sup> Como Morris, cuya obra máxima **News from Nowhere** publicó por entregas **Tierra y Libertad** durante 1904 bajo el título correctamente traducido del original **Novedades de ningún lado o una época de reposo**, Rosell descubre en los antiguos y el mundo medieval el aliento de un pasado paradisiaco destruido por la avaricia y el ansia de ganancias del mercantilismo y la civilización moderna; en ambos la ausencia de comercio y de mercados, el destierro de la especulación y el lucro hace desaparecer lo superfluo e innecesario dejando a los hombres naturalmente libres para querer solo lo que necesitan o les da felicidad.

Sin embargo, *Macrobía* no es una novela de Estado ni un gobierno de la virtud conformado según la naturaleza, como postulaba Moro. Las escasas referencias de Rosell al orden social instituido, su desprecio por narrar la regla y su, por el contrario, énfasis en el cambio individual, la convierten más que en una utopía sobre la felicidad común de un estado ideal, en una utopía sobre la completud del hombre perfecto. Así lo advierte cuando analiza el fracaso de “los planes falansterianos de Fourier y Owen” y de “los ensayos coloniales de los comunistas, cristianos, tolstoianos y vegeterianos”, adjudicándolo a defectos del medio a

veces, “imperfección de los individuos casi siempre”. Reivindicando el “elevado concepto de dignidad humana” expuesto en las obras de Reclus, Cabet, Morris y Jack London, Rosell apuesta a que el éxito de cualquier ensayo o reforma en el vivir debe ir acompañada de una reeducación del individuo sino se quiere un completo fracaso:

*Se impone una concepción nueva de la vida, y un despojo voluntario, consciente, digno de cuanto convierte al individuo, en las sociedades modernas, en monigote de sí mismo, en juguete de pasiones malsanas, vicios denigrantes, concupiscencias innaturales, y por lo mismo, el concepto de familia, de derechos, de justicias, deberes, libertades, morales, etc. etc., deben renovarse, purificarse, transformarse por completo el criterio hasta hoy dominante.*

*Muchos han creído que entregarse a una seria y eficaz obra de vivir práctico en colonias de ensayo, suponía el renunciamiento de todo lo hasta hoy conocido y vivido; más no es así. Hay que renunciar, sí, a todo lo superfluo, dañino, inútil y modificable; renunciar a los espejuelos de la vida artificializada que nos sujeta, pero a su lado crear lo que, en virtud de la desviación y el engaño sufrido desde pretéritas edades, es conveniente a la especie.*

Los macrobiatas son seres superiores precisamente porque han logrado un estado de pureza que funciona visiblemente sin dogmas, leyes ni códigos con jefes encargados de hacerlos cumplir. Su renuncia a los placeres fugaces y su completo

ascetismo ha hecho nacer una sociedad libre de tradiciones y prejuicios que produce

*placeres sanos sin fatiga, gratas emociones sin menoscabo del ser, afectos humanos dignificadores del hombre, y, más que nada, concepto elevado y superior de la dignidad propia y ajena, de la libertad del individuo y de la colectividad, del respeto a todos los seres y cosas que nos rodean.*

Macrobía, más que un país imaginario, es un estado del ser, su fuga hacia otro espacio geográfico cumple con los procedimientos formales de la utopía pero oculta el viaje interior que permitirá el final retorno a la condición del individuo libre previa a la sociabilidad moderna. La libertad requiere así un autoesfuerzo “casi siempre superior al individuo”, disponible para aquellos lo bastante fuertes para emprender tan larga travesía y saber a qué atenerse para alcanzar la meta deseada, la cual

*no está en el medio actual, en la corrupción, envilecimiento, avaricia e inhumanidad de las ciudades y naciones modernas de hoy en día. Hay que buscarla en plena naturaleza y en sus vírgenes porciones, es decir, donde la mano del hombre infautado, del civilizado engreído, no haya ejercido su brutal poder ni sembrado el odio ni el dolor para atribuirse derechos que solo justifican el desconocimiento de la valía de cada uno.*

En semejante planteo no sorprende para nada la elección de América, y particularmente de Brasil, como metáfora de un estado de pureza idealizado. Como afirma Fernando Ainsa, América ha propiciado desde su incorporación a la historia de occidente la “objetivación de la utopía” merced a la percepción de dos

ingredientes básicos: un tiempo, una historia que empieza desde cero en la que el pasado puede ser recuperable y el futuro fácilmente proyectable, y un espacio, un territorio que se concebía vacío y virgen. De la fascinación original con una naturaleza paradisíaca habitada por hombres primitivos en “estado puro” nace la certeza de América como un lugar privilegiado donde podrá realizarse el sueño de “una felicidad más completa y mejor repetida entre los hombres, una soñada república, una utopía”.<sup>19</sup>

Tal concepción no fue sólo brújula de conquistadores místicos, de las proyecciones cristianas primitivas de las ordenes religiosas durante la colonia o alimento literario de los reformadores y utopistas del Renacimiento. La fantasía de pureza del buen salvaje americano siguió y se reformuló en contextos variados y fue amuleto retórico del pensamiento europeo hasta en las más curiosas polémicas, como lo demuestran las apostillas firmadas por Diógenes Ilurtensis en 1934 defendiendo el eugenismo y la vida sana de las sociedades primitivas en su cruzada antiviciosa:

*Existen todavía territorios extensísimos habitados por hombres que no ingieren alcohol, no por que lo impida el clima y otro factor externo cualquiera sino por el régimen alimenticio peculiar a dichas variedades étnicas (...). No hay pueblo alguno, en su prístina pureza, o que se alimente preferentemente de vegetales, que acepte y use el alcohol. Existe además una tendencia moral de preservación física y mental y de impoluta concepción estética, que induce a los pueblos llamados primitivos (...) a adoptar un vegetarianismo absoluto que en ocasiones llega al hieratismo.*<sup>20</sup>



Del mismo modo Rosell reseña la existencia en América de tribus donde la tendencia ascendente de sus antiguas formas de vida ha sido destruida por conquistadores, comerciantes y misioneros que las han azotado con trabajos brutales, innecesarios en “aquella naturaleza pródiga” o por la introducción del alcohol para que olviden sus penurias e infortunios. En Macrobia, por el contrario, la armonía de las pretéritas edades se ha salvado porque allí no ha llegado la “civilización”, entonces “la teoría darwiniana puede comprobarse con tendencia perfecta” mientras que en los demás núcleos se comprueba degenerativamente.

### **El árbol de la abundancia**

El desprecio por las grandes ciudades y el retorno a la armonía entre el campo y la ciudad es un tópico común tanto de la tradición utópica como del anarquismo, pero vale la pena recordar que el nacimiento de una planificación alternativa y de un discurso crítico a la urbanización capitalista en la España de las primeras décadas del siglo XX estuvo directamente relacionada con el espectacular crecimiento de las ciudades, sobre todo de Barcelona, desde mediados del siglo anterior. En este contexto surgieron las propuestas de Cebriá de Montoliu, Alberto Carsí y el ya citado Martínez Rizo, quienes buscaron oponer al modelo de ciudad engendrado por la revolución industrial uno de tipo ecológico, organicista, regionalista y antimetropolitano sobre los aportes de John Ruskin, William Morris y los urbanistas Ebenezer Howard y el anarquista Patrick Geddes.<sup>21</sup>

Así Rosell puede poner en boca de sus personajes una descripción furibunda:

*Vuestras ciudades, vuestras grandes villas de placer y de esplendor, vistas desde aquí, contempladas por un macrobiata, son inmensos*

*manicomios, son grande osarios de vivientes, son antros de suplicio y de pudrición, que no podemos recordar sin dolor.*

Para luego oponer entre suspiros de admiración la impresión que le produce una sociedad que no conoce las enfermedades, la mortalidad infantil, el hacinamiento o, su contraparte, el exhibicionismo y el lujo:

*¡cuán bello era el vivir eugénico, racional de los macrobiatas, y cuán bien comprendida la eubiosis natural de nuestra especie!*

Igual que lo hizo Pierre Quiroule para su utopía litoraleña en Argentina, la solución es el abandono de semejante irracionalidad citadina, pero a diferencia de éste, Rosell no vuelve a planificar sino que apenas da cuenta de algunos detalles edilicios y nada dice de una traza urbana. En Macrobia, como dije, los detalles organizativos no cuentan al momento de señalar el “vivir riante y feliz, de satisfacción propia y de respeto mutuo” de sus edénicos pobladores. No hay necesidad de reconstrucción, de un nuevo orden posterior a la revolución, porque tal orden ha estado allí desde tiempos remotos.

El panteísmo naturista de los macrobiatas explica las razones de su éxito y permanencia. La lógica que los guía es simple: la voluntad de querer la perfección moral, intelectual y física.

El hombre nuevo de Macrobia es el hombre íntegramente perfecto, armonizado con el entorno gracias a una vida eugénica donde la alimentación, frugal y moderada por una moral racional transparentemente compartida, y el cultivo del cuerpo son la medida del equilibrio intelectual y emocional. Pero a diferencia de la regimentación excesiva propia del utopismo renacentista o decimonónico, que

hallaba en la norma y el ritual alimentario una figura simbólica de la armonía social, en Macrobia no hay comedores ni cocinas porque, como en el Paraíso,

*la tierra produce con exceso todo lo que necesitan para su sostén y felicidad los seis millones y medio de macrobiatas (...) los frutos se ofrecen bellos y tentadores, gratos a la vista y al olfato, sabrosos y sanos al gusto, doquiera que circuléis, ya que la distinción nuestra de ciudades y poblaciones rurales o distritos agrícolas, no es allí establecida.*

El vegetarianismo de los macrobiatas se liga así a la forma económica del país: una agricultura netamente de subsistencia mantenida gracias a un trabajo “espontáneo y racional”. Elección que no sorprende por varias razones. En primer lugar es conocida la preferencia de los teóricos anarquistas por la comuna rural y la economía agraria, planteos que parecían conjugar bien con la estructura eminentemente agrícola de la economía española y su fuerte y extendida tradición campesina, y con las posturas políticas del mismo Rosell. Sin embargo hay que notar que la cultura del suelo y del retorno a la tierra ha sido una panacea largamente reiterada por la tradición utópica y las narraciones arcádicas que ven en ella el símbolo de la purificación y la solución a todos los males modernos. En este universo el vegetarianismo resulta la expresión más completa de la nostalgia por los tiempos fuera del tiempo. “El vegetarianismo —explica Nadia Minerva— se convierte en un medio para recolocar al hombre en ese armónico todo que fue degradándose desde un estado de perfección inicial hasta una ínfima condición moderna. Será posible reencontrar la perfección de los ancestros rearmonizando al hombre con el ambiente y reapaciguándolo con los animales, sus similares y

sus hermanos más próximos en la gran cadena del ser. Practicar el vegetarianismo significa, por consiguiente, vivir según la naturaleza".<sup>22</sup>

### **Bibliografía mencionada**

- Abramson, Pierre-Luc, **Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX** (1999), México, Fondo de Cultura Económica.
- Ainsa, Fernando, **La reconstrucción de la utopía** (1999), Montevideo, Ediciones del Sol.
- Cohn, Norman, **En pos del milenio** (1997), Madrid, Alianza.
- **Gil, Juan, Mitos y utopías del descubrimiento** (1989), 2º vol., Alianza, Madrid.
- Gómez Tovar, Luis y Paniagua, Javier, **Utopías libertarias españolas, siglos XIX y XX** (1991), Madrid, Tuero.
- Iñiguez, Miguel, **Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español** (2001), Madrid, Centro de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
- Litvak, Lily, **Musa libertaria** (2001), Madrid, Fundación de Estudios libertarios Anselmo Lorenzo.

- Masjuan, Eduard, “Models urbans, models de ciutat: de l’ urbanisme tentacular a l’ urbanisme ecologic”, en **Desafectos. Publicació d’ història crítica**, Barcelona, nº 4, primavera de 2003.
  
- Kropotkin, Pedro, **Folletos revolucionarios II** (1977), Barcelona, Tusquets.
  
- Roig, Arturo Andrés, “La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras formulaciones de la utopía para sí”, en **Revista de Historia de las Ideas** (1981), Quito.
  
- -----, “El discurso utópico y sus formas en la historia intelectual ecuatoriana”, en **La utopía en Ecuador** (1987), Quito, Banco Central y Corporación Editora Nacional
  
- Trousson, Raymond, “Utopía y utopismo”, en Fortunati, V, Steimberg, O. y Volta L., **Utopías** (1994), Buenos Aires, Corregidor.

### **Fuentes mencionadas**

- **Estudios**, nº 128, abril de 1934.

- Rosell, Albano, **En el país de Macrobia** (c. 1928), 2º edición, Barcelona, Biblioteca Naturista.
- **Tierra y Libertad**, nº 34, 24 de marzo de 1904.
- Vallina, Pedro, **Mis Memorias** (1971), México, Tierra y Libertad.

---

<sup>1</sup> La primera versión de **En el país de Macrobia** apareció en la misma colección con el nombre **Una visita a Macrobia** y estaba firmada bajo el seudónimo Germina Alba. La colección Biblioteca Naturismo incluía otros títulos de Rosell: **El aspecto médico social de la dignidad humana** y **Naturismo en acción**, a las que se agregaban **El vegetarianismo** y **La paz universal** de Carlos Brandt y **El año 2000** de Edward Bellamy. Todas las citas de este artículo corresponden a la segunda edición.

<sup>2</sup> Así nos lo hace saber Juan Ferrer en el libro de Pedro Vallina **Mis Memorias**, México, Tierra y Libertad, 1971, p. 261. Los datos biográficos de Rosell han sido reconstruidos a partir del **Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español** de Miguel Iñiguez (Madrid, Centro de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001).

<sup>3</sup> **Minucias sabadellenques**, Montevideo, 1951, en Litvak, Lily, **Musa libertaria**, Madrid, Fundación de Estudios libertarios Anselmo Lorenzo, 2001, p. 250.

<sup>4</sup> Ver Roig, Arturo Andrés, “La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras formulaciones de la utopía para sí”, op. cit., “El discurso utópico y sus formas en la historia intelectual ecuatoriana”, en **La utopía en Ecuador**, Quito, Banco Central y Corporación Editora Nacional, 1987 y Trousson, Raymond, “Utopía y utopismo”, en Fortunati, V, Steimberg, O. y Volta L., **Utopías**, Buenos Aires, Corregidor, 1994.

<sup>5</sup> Gómez Tovar, Luis y Paniagua, Javier, **Utopías libertarias españolas, siglos XIX y XX**, Madrid, Tuero, 1991, p. 10. Cursiva en el original.

<sup>6</sup> Ibid, p. 11.

<sup>7</sup> Ibid, p. 81.

<sup>8</sup> En **La urbanística del porvenir** (Valencia, Estudios, Cuadernos de Cultura, 1932), el ingeniero sindicalista valenciano Alfonso Martínez Rizo analiza las grandes metrópolis españolas como una forma de concentración y centralización propia del régimen capitalista para concluir que éstas son antihigiénicas, antisociales y antieconómicas y proponer una nueva planificación territorial siguiendo el modelo de ciudad jardín

---

ecológicamente sustentable y la teoría del municipio libre y soberano. En otro de sus libros **El amor dentro de 200 años** (Valencia, 1932), Rizo compone una novela futurista muy cercana a la ciencia ficción para defender el amor libre y la nueva moral sexual anarquista. Un fragmento de esta novela puede leerse en la obra citada de Gómez Tovar y Paniagua.

<sup>9</sup> Los ríos Amazonas y Xingu se unen al norte de Brasil en el Estado de Pará, el segundo en extensión de Brasil. Durante la colonia la gran presencia indígena en esta región la convirtió en un polo muy importante de la actividad misionera de jesuitas y franciscanos. Rosell ubica a Macrobia en la zona equinoccial del delta del Amazonas.

<sup>10</sup> Para un detalle de la influencia de los mitos clásicos y medievales en los navegantes del Pacífico puede consultarse el libro de Juan Gil, **Mitos y utopías del descubrimiento**, 2º vol., Alianza, Madrid, 1989.

<sup>11</sup> Como lo sugirió Ambrósio Fernandes Brandão, uno de los grandes exponentes de la literatura quiniñentista de origen ibérico, en **Diálogos das grandezas do Brasil** (1618)

<sup>12</sup> Trousson, Raymond, op.cit., p.26.

<sup>13</sup> Ainsa, Fernando, **La reconstrucción de la utopía**, Montevideo, Ediciones del Sol, 1999, p. 37 y ss.

<sup>14</sup> “Naturaleza y generosidad”, en **Tierra y Libertad**, nº 34, 24 de marzo de 1904.

<sup>15</sup> “El equilibrio, dueño de la vida”, en **Estudios**, nº 128, abril de 1934.

<sup>16</sup> “Utopía en la mesa. Rito, símbolos, representaciones de lo sagrado”, en Fortunati, V, Steimberg, O. y Volta L., op. cit., p. 156.

<sup>17</sup> Ver Kropotkin, Pedro, **Folletos revolucionarios II**, Barcelona, Tusquets, 1977 p. 127 y ss.

<sup>18</sup> Cohn, Norman, **En pos del milenio**, Madrid, Alianza, 1997, p. 186 y ss.

<sup>19</sup> Reyes, Alfonso, **La última Tule**, citado en Ainsa, Fernando, op. cit., p.124. Ver también Abramson, Pierre-Luc, **Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX**, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

<sup>20</sup> “Azulejos”, en revista **Estudios**, nº 128, abril de 1934. Sobre la “abstinencia etílica” y la pedagogía antialcohólica del anarquismo puede consultarse el capítulo 7 del libro de Dora Barrancos ya citado, aunque quizás el episodio de los anarquistas disparando contra los barriles de vino en la película de H. Olivera *La Patagonia Trágica* constituya la imagen emblemática.

<sup>21</sup> Masjuan, Eduard, “Models urbans, models de ciutat: de l’ urbanisme tentacular a l’ urbanisme ecologic”, en **Desafectos. Publicació d’ història crítica**, Barcelona, nº 4, primavera de 2003

<sup>22</sup> Minerva, Nadia, op. cit., p. 154.